

EL ESCENARIO DE MISTER BLUFF

POR NAPOLEON GALVEZ

El honorable mister Bluff será originario de la América nortea, pero su medio, el verdadero país de sus mejores triunfos, es el nuestro. La gran isla del Caribe, la más hermosa tierra que ojos de intrépidos aventureros admiraron, es la patria NATURAL de Mr. Bluff. Insisto. Con la mano en el corazón y la conciencia en los labios (giro tribuncio muy elegante ¿quién osará negar que es Cuba el país idiosincrásico de Mr. Bluff? Si no hay más que observar... y anotar.

Fulanito, joven abogado y político de barrio, defiende a un ladrón que el Tribunal absuelve, y pronuncia un discurso fogoso en un mitín caliente y cuasi subversivo. Pues al día siguiente recorrerá en las redacciones de los diarios principales los familiares y los amigos más íntimos de Fulanito, suplicando la inserción de unos pequeños sueltos (escrito por el interesado) en que se encomia la labor del «notable juriconsulto» y se eleva al cubo del dítirambo en loor del «elocuentísimo tribuno y eminente hombre público». Los sueltos salen, el público, maso y crédulo, se los lee... y con tan sencillo sistema Fulanito se va creando, muy suavemente, una bonita reputación».

Joaquinito, Auxiliar clase primera de una Secretaría o el Despacho (\$42.50 mensuales) es enviado por su jefe, en comisión del servicio, a donde el diablo dió las tres voces; pongamos Hongolosongo o los Remates de Guane. Pues el zorro momo de Joaquinito, que está pasterando a una viuda ajamonada, que tiene su entrada apetitosa, no pierde tiempo en enviar a los cronistas de elegancias más conocidos, unos sueltos almirados escritos en maquina, en donde se despide al «importante funcionario» que ha ido por razón de «sus vastos negocios», a una de sus ricas posesiones campestres».

Enriquito y Eduardín parecen amigos. Pero por disimilitud de opinión acerca de los méritos artísticos de la célebre tanquista Azucena Maizani apodada en su hermosa tierra argentina «la fiata gaucha», se traban de palabras, y después de un fuego cruzado de insultos distinguidos y dicitos elegantes, Enriquito recibe una sonora bofetada, y Eduardín un primoroso puntapié.

Los amigos más cercanos intervienen

y separan a los riñedores. Pero como «todo el Club» se ha enterado de la ocurrencia, no hay más remedio que llevar las cosas adelante. Se nombran padrinos. Ambas representaciones deliberan maduramente, reposadamente, caballerosamente. Beben refrescos, apuran copas, fuman y siguen deliberando. La cuestión es delicada. Enriquito recibió una bofetada. Un puntapié recibió Eduardín. La reparación «reglamentaria» se impone... pero como los cuatro caballeros reunidos viven en la Habana y saben que al coronel Pedraza, cuando no son «verdá-verdá», los duelos le revientan, cavilan hasta licuarse las seseras, en busca de una amigable «solución decorosa» que sin intervención de la policía, «deje a salvo el honor»; ese honor convencional tan donosamente choteado, en su buen siglo, por el gran socarrón don Francisco de Quevedo y Villegas.

Los padrinos cavilan, y el famoso Zureka del famoso filósofo de la palanca, brota al fin, como alarido triunfal, de una garganta atormentada por la angustia. Todo se arregla satisfactoriamente y se redacta una «preciosa» acta en que se conmina que «dada la mutualidad (textual!) de agravios inferidos y recibidos aquí no ha pasado nada».

Abrazos, felicitaciones, y al día siguiente alegre comida en la terraza del Club, con champagne helado y brindis del tiempo. Y en los grandes rotativos no falta una mano complaciente que escriba sueltos de ocasión, refiriendo al respetable público que ha quedado «honrosamente zanjada la cuestión de honor pendiente entre los distinguidos clubmen Enriquito y Eduardín, dejando ambos bien probada «su exquisita caballerosidad y su gallardo valor».

A estas muestras pudieran agregarse otras, por centenares. Pero me abstengo de seguir citando. Por algo estoy componiendo un banal artículo periodístico, y no un libro en cuarto mayor.

Pero estas muestras tomadas al azar de nuestra vida peculiar, abonan suficientemente mi afirmación: Cuba, la gran Antilla que al decir de Humbolt «equivale a un reino», es la tierra del camelo, la lija, la trompetilla y el FIGURAO. El genuino escenario de mister Bluff.

MONIO
ENTAL
STORIADOR
ANA